

Entrevista al narrador Tommaso Pincio

Franco Zangrilli; Tommaso Pincio

City University, Nueva York
Franco.Zangrilli@baruch.cuny.edu

Artículo recibido el 21/01/2016, aceptado el 15/02/2016 y publicado el 15/07/2016



Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 3.0 License

El autor Tommaso Pincio, seudónimo de Marco Colapietro (Roma, 1963), es sin lugar a dudas uno de los narradores de mayor proyección en el panorama literario de los últimos tiempos. Iniciada su carrera en 1999 con *M.*, ha publicado títulos como *Lo spazio sfinito* (2000) y *Un amore dell'altro mondo* (2002), en el que narra la vida de Kurt Cobain, líder del grupo Nirvana, a través de la visión de un amigo imaginario. A estas dos novelas siguieron *La ragazza che non era lei* (2005), *Gli alieni* (2006) o *Cinacittà. Memorie del mio delitto efferato* (2008), ambientada en una Roma colonizada por los chinos y abandonada por los mismos romanos a causa de problemas medioambientales. Títulos como *L'hotel a zero stelle* (2011), un ensayo autobiográfico en el que plantea diálogos ficticios con algunos de los grandes nombres de la literatura o la más reciente *Panorama* (2015), le han hecho valer un hueco privilegiado entre los nuevos narradores surgidos en estas primeras décadas de siglo. Justamente la publicación de esta última novela, *Panorama*, ha servido de excusa al profesor Franco Zangrilli, gran conocedor de su obra, a plantearle algunas preguntas sobre temas clave de su producción.

ZANGRILLI: Tommaso, tu nueva novela *Panorama* acaba de salir en ENNE Editori de Milán. ¿Cómo nace?

PINCIO: Durante aproximadamente cuatro años he tenido una relación epistolar con una chica fuera de lo común. Lectora voraz pero sin particulares ambiciones literarias, estaba llena de extravagancias y sufrimientos pero era también fascinante. Tras ver lo extraordinario de su carácter, desde el principio sospeché de ella. Muchas de las cosas que me contaba rozaban el límite de lo increíble y pensé que detrás de ella se escondía otra persona con miras que no estaban claras. Con el tiempo bajé la guardia y la acepté tal y como se presentaba: una chica con gustos literarios muy sofisticados, pero también muy inestable e indefensa. Nos escribíamos a través de una red social. *Panorama* comenzó a nacer en el momento en que ella, sin avisar, desactivó su perfil. No tenía ninguna otra forma de contacto. Ningún número de teléfono, ningún correo electrónico, ninguna dirección física. De un día para otro desapareció de mi vida y he experimentado un vacío, una angustia inesperados. Después de unas semanas pensé que una forma de elaborar este luto insólito sería escribir un relato sobre ella, pero sin que yo apareciera. Así empecé a construir en torno a su persona una estructura narrativa que luego ha terminado por imponerse.

Z.: ¿Por qué has elegido un protagonista que se hace famoso “trabajando como lector”?

P.: Por varios motivos. En primer lugar, porque “mi” Ligeia era una lectora. Luego, porque, como he dicho ya, quería quedarme al margen del relato. Con todo, necesitaba un personaje que ocupara mi lugar. En un primer momento pensé que Ottavio Tondi podía ser un crítico, pero durante la obra tomó forma la figura del lector profesional, es más, de lector puro. Es un trabajo imposible. El más irrealizable de los sueños y, por lo tanto, también el más bonito. Me refiero a leer solamente.

La lectura o es un pasatiempo (y en este caso no es un trabajo porque nadie te paga) o implica actividades como el estudio, la enseñanza, la redacción de críticas, y deja de ser pura lectura. La pura lectura es una forma de beatitud, una condición similar a la santidad y es en este sentido como he entendido el personaje de Tondi: un santo, aunque fracasado.

Z.: ¿La acción de este protagonista quiere subrayar que en la vida se vive por algo o alguien?

P.: Para Ottavio Tondi, la lectura es, antes que un placer, un acto de rebeldía hacia el padre, personaje antitético, materialista hasta el límite de la delincuencia, un contable para quien la única forma de evasión concebible es la fiscal. Digamos que Octavio lee porque no quiere ser como su padre y no por casualidad su pasión por los libros experimenta un traumático revés precisamente cuando su impulso por asesinar la figura paterna ya comienza a mermar.

Z.: Da la sensación de que con este lector excéntrico te diviertes ridiculizando y haciendo una sátira del mundo postmoderno, en el que no se lee, y si se lee, se lee poco y mal, y en que prevalece una cultura de pensamiento superficial. ¿Estás de acuerdo?

P.: La literatura a la que estamos acostumbrados está destinada a ser cada vez más irrelevante. Que los lectores sean pocos es, a fin de cuentas, un problema menor. En comparación con la masa de los no lectores, los lectores eran pocos ya cuando se leía mucho. El meollo del problema es que la masa de los no lectores ha conseguido una relevancia cultural que antes no tenía. Ha sido lo que ha cambiado el panorama. La literatura no desaparecerá, si por literatura entendemos la necesidad humana de nutrirnos de las palabras y de las historias de nuestros semejantes. Sin embargo, está destinada a una profunda mutación. En mi libro muestro la marginalidad de la vieja literatura, aquella con la que hemos crecido y que no podemos no amarla, a pesar de sus pequeñeces y ciertos ritos ridículos. No sé si calificarlo como sátira. Lo cierto es que es un relato crepuscular. Digamos que quizás es una sátira del atardecer.

Z.: En esta obra, ¿el proceso de la lectura es una metáfora del proceso de la escritura y del arte en general?

P.: No lo creo. La lectura es el símbolo de una condición que hemos perdido, la del espectador, de la persona que acepta quedarse al margen del lenguaje y de la representación. El lector es como el visitante que observa un cuadro en un museo o la persona que va al cine para ver una película. Hoy en día, la condición (para mí ideal) del espectador está en crisis. Gracias a las redes sociales (y no solo estas), las personas pueden vivir en la ilusión de ser protagonistas no un cuarto de hora de memoria warholiana, sino cada vez que tienen ganas. Todos piensan que tienen el derecho, es más, el deber de expresar una opinión perspicaz u original sobre las cuestiones más disparatadas, del deporte a la política, de la literatura al cine. Todos son críticos y comentaristas. Vivimos en la época del opinionismo de masas.

Z.: ¿Hasta qué punto recurres aquí a datos reales y a datos personales?

P.: La experiencia personal constituye el punto de partida de cada libro que escribo, y no podría ser de otra forma. A partir de ahí, lo que sobrevive de esa experiencia y lo que se transfigura durante la escritura no es ponderable y, sobre todo, no quiero ponderarlo. Por lo menos no mucho. En mi opinión, los datos reales conciernen al presente y al pasado, pero la escritura es el futuro. Respecto al mañana, podemos realizar proyectos que se basan en lo que tenemos y somos en el presente, pero el futuro es de todas formas una incógnita. En cualquier caso, lo que de verdad cuenta no son nunca los datos reales en sí, sino el aspecto que estos toman. Como ya he dicho, *Panorama* nació de una correspondencia muy similar a la de Ottavio Tondi y Ligeia Tissot, pero este intercambio de misivas adopta en el libro una dimensión tan diferente a mi experiencia personal que para mí no tiene sentido individualizar relaciones ni proporciones, entender cuánto hay de verdad. El libro es un mundo en sí, ni más ni menos como un hijo es un individuo completo y no un ensamblado de los padres, por mucha influencia que estos puedan haber ejercido sobre él.

Z.: En tu obra por primera vez el universo de Internet ocupa un espacio significativo. ¿Por qué?

P.: El mundo ha cambiado. Cuando escribí mis novelas anteriores, Internet no era tan invasivo como ahora, y sus efectos sobre el comportamiento de las personas no eran tampoco tan importantes ni evidentes. La red ocupa un espacio enorme en nuestra existencia. Si quieres hablar de la humanidad actual, no puedes dejar de lado que es una humanidad conectada. La esencia del hombre sigue siendo la misma, pero los códigos culturales han cambiado radicalmente y precisamente de esto se ocupa un novelista: de códigos y comportamientos. No afrontar una realidad de estas proporciones sería innatural para mí.

Z.: La red, en tu opinión, ¿es un dios que enriquece o debilita la existencia del hombre? ¿No es un dios que piensa también para sí mismo?

P.: Me atrevería a decir que es una pregunta banal. ¿La red nos hace más estúpidos o más libres? Es impensable que un medio de tal poder y difusión no comporte peligros. De igual modo, es poco creíble que la humanidad sea tan sabia como para correr dichos peligros. Es la naturaleza de nuestra especie: no aprendemos de los errores cometidos, ni qué decir de los que podríamos cometer. Cuando disponemos de algo, lo usamos, como ocurrió en Hiroshima y Nagasaki. No había necesidad de lanzar la bomba para descubrir que sería una hecatombe. Ya se sabía, pero se lanzó de todas formas. En ciertos aspectos, la red es un organismo más incontrolable que la energía atómica. Aun así, pienso que será siempre válido el viejo dicho de “lo que no te mata, te hace más fuerte”. Así que esperemos que sobrevivamos reforzados.

Z.: La mujer que Octavio Tondi intenta alcanzar a través de la red es siempre un fantasma, a veces visible, otras veces invisible. ¿Cómo es que en Pincio no hay casi nunca una relación amorosa feliz?

P.: Hablar de amor feliz, en el caso de Ottavio Tondi, me parece un gran salto interpretativo respecto a los eventos narrados. El amor, más que infeliz, está ausente, y no solo porque Ligeia se manifiesta en una dimensión incorpórea y quizás incluso engañosa. Está ausente sobre todo porque Tondi es incapaz de amar, y este límite emerge claramente en la relación con Maddalena la prostituta, que se esfuerza en instaurar con Ottavio una relación más profunda que un amor mercenario, pero se encuentra con un muro de ineptitud sentimental y de miedo a vivir.

Z.: La Ligeia de Tondi es evidentemente la reescritura en clave postmoderna de la de Poe. ¿Qué representan para Pincio escritores fantásticos como Poe o Kafka?

P.: Ambos han moldeado el mundo en el que vivimos o, mejor dicho, nos han proporcionado una clave de acceso a su representación. Por ser un poco más preciso, diría que la mayor importancia de Poe no consiste en su lado fantástico, sino en el modo en que, siendo periodista, se ha dado cuenta antes que nadie de la llegada de una civilización de masas. Puede parecer blasfemo, pero Poe ha sido el primer artista pop, el precursor de Warhol. En cuanto a Kafka, hacia el que profeso una devoción inconmensurable, no me gustaría decir herejías, pero lo considero fantástico solo porque es un gran escritor cómico.

Traducción de Juan Francisco Reyes Montero

